

OPINIÓ

ENRIQUETA LÓPEZ JURADO

El valor de lo humano

Llevo varios días rumiando ideas, pensamientos, sentimientos que trato de organizar, de armonizar, para poder plasmarlo en un todo. Pero no lo consigo.

Por fin he encontrado la fuerza que me lleva a su expresión, una fuerza que hace que todos estos sentimientos emerjan de mi interior y se conviertan en una lucha contra el orgullo, el egoísmo, el afán de figurar...

El ser humano es ante todo un ser social. Pero no sé por qué, dada su condición de humano y por lo tanto de tener necesidad vivencial en coexistir con el grupo, nos encargamos de fastidiar al que tenemos al lado, de criticar cualquier idea, conducta, etc. del que con nosotros convive, sin darnos cuenta de que de esta manera no sólo hacemos daño al otro, sino también a nosotros mismos.

No nos alegramos de los logros de nuestros compañeros, no nos ilusionamos por los premios, recompensas, beneficios, que

puedan recibir otras personas. No, al contrario, parece que tengamos la sana necesidad de volverles la situación en contra de ellos, sólo porque el egoísmo es el rey de la sociedad. Esto no lo he entendido nunca y creo que no llegaré a entenderlo. Yo parto de que todo ser humano es igual al otro, esto viene dado por nuestra propia condición de ser.

«Yo» no soy más que «tú» por tener una carrera, por tener un buen puesto de trabajo, por tener un reconocimiento «x» y si a eso le sumamos la tendencia a demostrar que yo soy más que tú porque vengo de determinada familia o por regentar un determinado apellido, nos convertimos en pasto de la hipocresía de la fantasía, aunque lo malo de todo ello es que se hace de la irrealidad una condición de vivir. Queda claro que todo ello lo único a que contribuye es a poner más distancias entre las personas, a poner más odio, rencor, rechazo, todo lo que en realidad nos hace daño.

No entiendo por qué la labor bien hecha de una persona se tiene que convertir en fuente de violencia y agresividad. Esta pregunta me la formulaba cuando acabé de leer el artículo de mi amiga Luchy. Quienes la conocemos sabemos con seguridad que es una persona íntegra, que responde a un perfil de cualidad humana, y de una responsabilidad exquisita. Ella, cuya conducta está regida por la disciplina, el esfuerzo y sobre todo el valor, se ve envuelta en una situación crítica sin haber cometido mayor error que el que es ser valorada especialmente por su sinceridad.

¡La sinceridad, la verdad! Con qué ideas hemos topado. En este campo me encuentro yo también metida. He aprendido desde hace unos 16 años que la verdad debe convertirse, que no debe expresarse porque es síntoma de debilidad. Bueno, he aprendido en el sentido de luchar contra la fantasía, contra la hipocresía y contra la falsedad. No se puede vivir de la imagen,

se ha de vivir de lo que es uno mismo con sus cualidades y también con sus defectos que son propios de nuestra condición humana.

La base de nuestra estabilidad humana puede estribar en el deseo por parte de cada uno de nosotros de aceptar al otro, de alegrarnos por sus progresos y entristecernos por sus problemas. Compartir, dar y expresar. ¿Acaso es tan difícil?

Podríamos practicar algo tan sencillo como es el deseo de escuchar al otro, de valorarlo, pero para ello, para que esta comunicación sea realmente eso, debemos ser capaces de dejar nuestro yo para navegar en el maravilloso paisaje del tú y juntos recorrer tu yo.

Ojalá podamos aprender a hacer algo tan sencillo, sólo depende del deseo que tengamos cada uno de nosotros de entregarnos a una buena relación humana. Esto nos conducirá a una sociedad más humana. En ello confío y desde mi pequeñez lucho.